

Añorve Zapata, Indira

Reseña de "The Last Emperors. A Social History of Qing Imperial Institutions" de Evelyn Sakakida Rawsky

Estudios de Asia y África, vol. XXXVII, núm. 1, enero-abril, 2002, pp. 189-193
El Colegio de México, A.C.
Distrito Federal, México

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58637110>

Evelyn Sakakida Rawsky, *The Last Emperors. A Social History of Qing Imperial Institutions*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1998.

Esta obra es importante porque dispone de fuentes primarias, que antes no se encontraban al alcance de los estudiosos, con las que Rawsky ha podido penetrar de manera más profunda en el estudio de las instituciones Qing, su administración, sus políticas, etc. Y es por ello que, la autora logró, con un fino análisis de esas fuentes, darnos una visión novedosa y más rica de las aportaciones y diferencias del imperio Qing.

A lo largo de su estudio, Rawsky prueba cómo la política adoptada por los emperadores Qing fue exitosa en la medida que consiguió, con el uso de estrategias adecuadas, consolidar un imperio amplio y multicultural.

Se ha señalado en varias ocasiones que el dominio de los manchúes sobre China se debió, en gran parte, a su aplicación de políticas propias de los chinos Han. Sin embargo, Rawsky, por medio de una investigación rica y amena, revela cómo la pericia de los emperadores Qing se debió a “su habilidad para implementar políticas culturales flexibles dirigidas a los pueblos no Han que habitaban en la periferia de Asia Central” y al mismo tiempo supieron mantener una identidad cultural separada de los Han. Para eso tomaron como paradigma a dinastías extranjeras como la Jin y la Yuan, que fueron para ellos un modelo, sobre los peligros de la asimilación.

Esta investigadora afirma que el modelo político de Qing tenía como objetivo permitir que diversas culturas coexistieran dentro del marco relajado de un imperio personalizado, y lo lograron al integrar a diversos pueblos del noroeste. Debido a lo anterior, los emperadores Qing se consideraban gobernantes de un imperio plural y multietnico, al que incorporaron pueblos de diferentes tradiciones culturales en los estandartes, núcleos principales de organización.

Los gobernantes Qing siempre estuvieron conscientes de que eran diferentes de las masas de la población Ming y nunca se despojaron de su identidad manchú. Adoptaron las costumbres chinas cuando les favorecían políticamente y las rechazaron cuando no les servían para lograr sus metas. Los principios burocráticos fueron el aspecto más importante de la política cultural China que adoptaron.

El libro está dividido en tres partes: la primera aborda “La cultura material de la corte Qing”, en ella la estudiosa aborda la sociedad de la corte y señala rasgos importantes que unen a los Qing y sus predecesores: dinastías como la Jin y la Yuan. Al igual que estas dinastías

extranjeras, los Qing mantuvieron una identidad cultural separada, formaron coaliciones multiétnicas y lograron que varios pueblos se sometieran a su gobierno.

La corte Qing se movía entre las múltiples capitales con un ritmo marcado por las estaciones del año, y de esa forma mantenía lazos tanto con los grupos del norte, como con la población Han. Las capitales Qing estaban divididas espacialmente para separar a la élite conquistadora de la población subyugada y por ello los Qing pudieron crear una identidad manchú para las tribus del noreste.

A principios del siglo xvii, la élite conquistadora estaba compuesta por coaliciones multiétnicas formadas por mongoles, manchúes y pueblos del noreste que se encontraban más allá de las fronteras. Las organizaciones militares-civiles en las que los Qing incorporaron a estos grupos fueron los estandartes, para los cuales se creó una nobleza que sería la que los dirigiría. Los jefes de la élite de los estandartes eran de la familia imperial o estaban emparentados con ella.

Fueron varias las estrategias culturales de importancia que los manchúes aplicaron para perpetuar su identidad cultural de manera separada: la adopción del nombre “manchú” para el grupo; la invención de un sistema de escritura propio y su uso para la educación de los miembros de los estandartes y la clase gobernante; la conservación del sistema de nombres manchúes, de la vestimenta de nómadas, y de las artes como la arquería, la equitación y las artes marciales dentro de los requisitos en la educación de la élite.

Por las obras de arte que datan de la época podemos apreciar cómo los emperadores Qing se presentaban ya como monarcas manchúes, ya como letrados confucianos o como patrones de la religión tibetana. Se retrataban en diferentes marcos culturales porque gobernaban para grupos étnicos diferentes y eso reflejaba la naturaleza cosmopolita del imperio Qing.

La élite conquistadora era un grupo que se encontraba separado de la población Han conquistada. La división mayor entre los conquistadores y conquistados era entre los miembros de los estandartes y la población civil, división que no era étnica sino política, pues veremos que la expansión territorial trajo nuevos grupos a la élite conquistadora, como los Khalkha y los mongoles, que se incorporaron a los estandartes y los títulos de nobleza de sus líderes fueron confirmados por el trono. A los altos prelados de las órdenes del budismo tibetano y musulmanes se les dio un lugar en la élite a cambio de su sumisión al imperio. De esta forma, los Qing aceptaron dentro de la élite a otros grupos y las líneas étnicas, en principio muy claras, se volvieron borrosas y flexibles en los estandartes, que eran los principales mecanismos institucionales para integrar diversos grupos en una organiza-

ción militar eficiente. Los nobles de los estandartes eran un elemento importante del gobierno Qing y estaban unidos a la casa imperial por lazos históricos, favores imperiales e intercambios matrimoniales. Este grupo fue utilizado por la clase gobernante en puestos estratégicos de la administración para intereses imperiales. El trono tuvo éxito al aplicar sus políticas de segregación, ya que así logró balancear a la élite conquistadora contra los letreados Han en el gobierno del imperio.

Los Ming elegían como sucesor al hijo mayor del emperador; los demás hijos eran excluidos de toda participación política y se les enviaba a gobernar en las provincias. A diferencia de ellos, los Qing privilegiaban el mérito, la lealtad, la eficiencia burocrática y la adhesión a las normas manchúes para elegir al heredero. Los hijos restantes continuaban residiendo en Beijing donde tenían cargos, pero debían probar que eran dignos de los títulos que se les otorgaban. Los príncipes tenían una estrecha relación con los estandartes y sus actividades eran atender los rituales, fungir como guardianes del trono y como altos funcionarios.

Diversos historiadores chinos señalan que en las dinastías de los chinos Han el costo de emplear príncipes en el gobierno conducía a la inestabilidad política y competencia entre hermanos, pero en los regímenes conquistadores la estrategia era diametralmente opuesta. En Qing nunca se dio una usurpación del trono o alguna revuelta por parte de algún príncipe, como en Ming. Más que en ninguna dinastía precedente, los Qing sintetizaron exitosamente las técnicas burocráticas Han y las alianzas fraternales con otros grupos del norte para resolver los retos de los parientes imperiales a la autoridad del gobernante, disminuyendo su autonomía mientras obtenían su apoyo militar, político y ritual. Los príncipes Qing fueron transformados en pilares del imperio.

Las mujeres del clan imperial no dejaban de pertenecer a éste cuando contraían matrimonio, eran sus esposos quienes se incorporaban a su círculo. Las mujeres Qing mantenían su identidad y rango en vida y después de la muerte. El estatus del esposo dependía del rango de la mujer y la pareja vivía de los ingresos y en una casa que les proveía el suegro. Lo mismo sucedía con las esposas de los hombres de la línea imperial, ellas tenían que romper su relación con sus familias naturales e incorporarse completamente a la familia imperial. Esta retención de hijas e incorporación de consortes tenía un propósito simbólico: proyectar la absoluta preeminencia del trono hacia el mundo exterior a la corte. Así es como los Qing tuvieron éxito al neutralizar los peligros potenciales de familiares matrilineales y pudieron introducir miembros importantes de la élite conquistadora en la familia imperial.

Un grupo importante para el mantenimiento del palacio eran los servidores que en él se empleaban. Ellos desarrollaban tareas variadas y mantenían funcionando la casa imperial; sin embargo, sus tareas no se limitaban a las labores domésticas. El deseo del emperador por controlar el comportamiento de su familia a través de reglas reforzadas por los sirvientes del palacio introducía una disonancia entre la jerarquía real y nominal de las relaciones de poder. Los eunucos llegaron a ser una extensión de las personas a quienes servían y recreaban entre ellos las jerarquías sociales de sus amos, personificaban su rango y poder al tiempo que desarrollaban sus labores en el trabajo. De ahí que muchas veces el emperador actuara decisivamente para restarle las pretensiones a los eunucos y sirvientes, ya que el respeto a estas distinciones de estatus era necesario para la sobrevivencia del sistema.

La última parte, Rawsky la dedica a los rituales de la corte Qing, que daban legitimidad los monarcas manchúes. Un gobierno legítimo, desde el punto de vista de los Ming, tenía como una de sus tareas principales llevar a cabo rituales apropiados y determinar cuándo debían llevarse a cabo. Los emperadores Qing demostraron estar preparados para realizar los rituales de estado Ming y se presentaban ante los Han como herederos de la tradición dinástica: como monarcas confucianos. Pero, además de los rituales confucianos, llevaban a cabo rituales manchúes que se adecuaron a su identidad cultural y la perpetuaran.

Las ceremonias de estado debían satisfacer las demandas del imperio y aproximarse a diversos sistemas simbólicos para dirigirse a pueblos distintos. Las políticas y prácticas chamanísticas se identificaban con la tradición manchú y eran utilizadas para crear una identidad manchú, mientras que el budismo tibetano proveía a los emperadores Qing de un vocabulario diferente de legitimación para los mongoles y tibetanos. Los únicos que estaban libres de tales apelaciones religiosas eran los musulmanes. El emperador oraba por la tolerancia religiosa de los uigures y otros elementos musulmanes del imperio. En el siglo XVIII los emperadores Qing fueron patrones y protectores del Islam.

Otra de las tácticas que utilizaron los Qing con los grupos del norte fue reestructurar las jerarquías de los tibetanos, uigures y mongoles, al eliminar a sus oponentes y recompensar a sus aliados, removiendo las fuentes de poder autónomas y el prestigio de las élites locales y forzando a estos grupos a una relación de dependencia.

Finalmente, como conclusión Rawsky señala que “los últimos emperadores chinos fueron verdaderos innovadores. Su gobierno representa una adaptación creativa a problemas de mando que no son

una simple repetición del ciclo dinástico”, por lo que se requiere de análisis más detallados de sus políticas y las consecuencias históricas para que podamos apreciar completamente el valor de la contribución de los Qing a China.

Evelyn Rawsky es profesora de Historia de la Universidad de Pittsburgh, especialista en temas concernientes a la cultura popular, la historia social y económica del Este de Asia y China. Así pues, ha publicado obras relacionadas con los temas arriba mencionados, como *Death Ritual in Late Imperial and Modern China*, *Harmony and Counterpoint: Ritual Music in Chinese Context* y *Popular Culture in Late Imperial China*, entre otras.

INDIRA AÑORVE ZAPATA
El Colegio de México